

LOS CUEVILLAS: MILITARES PROFESIONALES, CAUDILLOS POPULARES

por Fernando CUEVILLAS

Catedrático de las Universidades de Buenos Aires y La Plata (Argentina)

Pretender aportar nuevos elementos de juicio en relación con las consecuencias políticas, económico-sociales, culturales, ideológicas y hasta demográficas de la Guerra de la Independencia española y las subsiguientes civiles, en el siglo XIX, resultaría presuntoso. Especialmente para un argentino que descende de quienes tomaron parte activa en las contiendas aludidas. Esto último es signo inequívoco de desplazamientos demográficos y de movilidad horizontal por causas políticas y por la paralización económica que padeció la Península, hasta bien entrado el presente siglo. Se superó en el actual siglo, en el que, tras un intenso desgarrón, se sobrepujó en la paz la transformación industrial con el desarrollo económico.

El ataque de Napoleón

En el panorama general de Europa es indudable que Napoleón operó con igual irrespetuosidad en relación con todos los gobiernos y países. Pero ante las sucesivas invasiones, pocos fueron los pueblos que experimentaron una desarticulación institucional o desorganización social, como se dice en sociología política, tan honda, como las Españas. Ni siquiera la Rusia incendiada o los principados alemanes del norte y del sur o el católico imperio austríaco.

La planificación económico-administrativa de Carlos III como se ha insinuado, quedó paralizada; campos y ciudades devastadas, al tiempo que se producía un abismal vacío de poder en la élite dirigente. El mal ejemplo del trono dejó huérfanos de conducción a los grupos sociales menores, que adquirieron un dinamismo desacostumbrado e inorgánico. La imagen psico-social de la autoridad carismática hasta ese momento ejercida por el rey, identificándose con la legitimación tradicional, al esfumarse, dejó paso a los caudillos populares, locales, regionales, que contaron con el consenso de grupos, que se proyectaron como multitudes *in status nascendi*.

Las Españas quedaron quebradas en lo que constituirían 23 Estados, que aún hoy, a más de ciento cincuenta años del fenómeno conflictivo, no aciertan en la norma de convivencia política interna que asegure su crecimiento en orden, paz y libertad responsable. No hay, aunque nos duela a todos, todavía hoy lo que podríamos llamar sofisticadamente, para la Península y los países iberoamericanos, un «hispanicus way of life».

Un mundo partido

Ciertamente que Bonaparte no fue el gestor exclusivo del proceso. Aun habida cuenta de su genio estratégico y jurídico y de su ambición desenfadada. En este sentido conviene señalar que fue arrastrado por la Revolución moderna y aburguesada y su pródromo la Ilustración. Napoleón, aun en sus veleidades de restaurador del orden con «su imperio romano franco-germánico», es la respuesta exitosa de la rebelión modernista contra el «Ancien Régime», pilotado por Austria. Es decir, que con Napoleón o sin él, podría haber sido otro el fin de la eclosión francesa, pero de cualquier manera se hubieran enfrentado en Europa occidental, en las Españas y en el mundo Atlántico, dos concepciones de vida o *weltanschauungs*, liberalismo versus tradicionalismo. A lo largo y ancho de todo el antiguo imperio español se dio una actitud ilustrada, renovadora, desdenosa de la autoridad de la Iglesia católica, adherida a toda forma de novelería, elitista y otra popular, fideísta, piadosa, conservadora, recelosa de las ideas extranjeras. La tipificación de estos dos sujetos del conflicto ideológico configura una dramática, apasionada cuestión que penetra el siglo XIX y llega hasta nosotros.

Es decir, que en esta paz introductoria, debemos distinguir un marco teórico que regía en toda Europa y América, consecuencia directísima de la Ilustración y la Revolución francesa, con una exacerbada actitud crítica de razón divinizada. Conmoción de la autoridad tradicional y reestructuración de la sociedad por la autonomía de la voluntad contractualista y la exaltación de la libertad «de los pueblos». Así genérica y altisonantemente expresado. En lo práctico, político-histórico, se habían producido las revoluciones de los Cabezas Redondas ingleses, comerciantes y pañeros protestantes, la francesa y la independentista americana.

Nuestra anomia había robado el protagonismo a los siglos XV al XVII, se abría el blanco de las rutas marítimas imperiales a la codicia de la robustecida piratería institucionalizada británica y francesa, a la conspiración de los extrañados jesuitas y fundamentalmente a la inopia de su soberano monarca que finaliza el siglo XVIII e inicia el XIX, sin dar muestras de su soberanía, que sólo se opera en baladíes giros de veleta. La conmoción de la invasión

napoleónica, por desgracia, pondría de relieve que el Deseado era digno hijo de su padre.

La sociedad española más grave, cuanto más ilustrada, en la Península y en América, vivió el típico proceso de anomía, o sea, de no saber en qué normas y valores apoyarse. Con qué criterio resolver los problemas, cómo corregir errores concretos, cómo actualizar el país, mientras el vértigo del cambio social estaba exigiendo una conducción clara y firme, y reclamando la presencia no sólo de un prudente piloto de tormentas, sino de toda una minoría gobernante, una élite de poder, una clase dirigente de inteligente visión y ejemplar conducta. Ello faltó en el momento culminante y «los ellos», que desempeñaban los papeles encumbrados, asistieron mendicantes a Bayona. No se estime, superficialmente, que esto fue una especie de chaqueteo o defección colectiva, sino un proceso automáticamente anómico, de confusión de ideas y comportamientos. Napoleón no era, para emplearle nomenclatura de Castex, un simple agresor, un sórdido atacante, y su hermano el rey José creó en muchos penínsulares, la expectativa de progreso indefinido, modernización administrativa y riqueza económica.

Tercer paso. La sociedad española, en la Península y en América, sujeta a los vaivenes del desgobierno anómico, liberó sus recursos insitos. Los «mamelucos en la Puerta del Sol», el 2 de mayo, las guerrillas por campos y ciudades. Surgían unas jerarquías imprevistas que desbordaba las jerarquías formales.

El cuadro en que el surgimiento de los caudillos se irían a producir no quedaría bien patentado sin hacer ligera alusión a fenómenos que hoy los economistas llaman coyunturales: especulación de comerciantes e industriales ingleses, que instrumentaban a su gobierno pequeños intereses de los palaciegos empeñados en jugar, como a la bolsa, por el partido de quién prometiera mejores dividendos de poder, frustración de militares de mediana graduación, intervención de las logias secretas, certazón del clero, etc... Incluso la idea de nación general no estaba estructurada ni se hallaba todavía vigente. Madame Staël no había divulgado la teoría de las nacionalidades modernas. Como dice un autor hispánico: «A modo das patrias grandes» (1).

A la luz de esta perspectiva los sistemas de lealtades eran del todo diversas a los que privarían a fines del siglo XIX y en la actualidad. No podríamos, en este sentido, en el nivel de sectores cultos, juzgar definitiva e inequívocamente actos como la entrega, por Fernando VII, de la espada de Francisco I, al general Murat o la rebelión de San Martín, Bolívar, O'Higgins y Suere.

Ello nos acerca mucho a la comprensión del fenómeno del surgimiento del caudillaje popular en momentos de crisis social. El pueblo se armó y se echó a la calle porque, no sólo se sintió enfervorizado por el amor sagrado de la Patria escarnecida por el invasor:

(1) LÓPEZ CUEVILLAS, Florentino: *Galicia sempre*. Vigo, Faro de Vigo, 1968, página 10.

Si la Francia quisiera algún día pasar victoriosa por esta ciudad, necesita mandar más franceses que granos de arena contiene la mar; porque todos, mujeres, chiquillos y todas las clases de la sociedad, con navajas, con uñas y dientes... sabrán pelear...

Como canta la copla anónima, sino porque fue consciente de la defeción de la clase dirigente, de su «intelligentzia». Se produjo así una sustitución de los comandos naturales, promovida por los «leaders» comunitarios, de entonces, es decir, los curas párrocos y los caudillos populares. La invasión extranjera fue el agente catalizador para la dinamización social. Algo semejante, con parejas consecuencias, se registró en América del Sur con las invasiones británicas de 1806 y 1807, contra Buenos Aires.

La objetividad de los historiadores

Ya entrados en nuestro tema resulta curioso que la pasión ideológica y política, en su caso, hayan obnubilado la información histórica y oscurecido el juicio de quienes deberían transmitir a las nuevas generaciones una presentación objetiva de vidas y sucesos. Así, pues, los autores liberales han ignorado las grandes figuras de los caudillos o falseado palmariamente datos de sus biografías, para presentarlos siempre como seres primarios, carentes de auténtica grandeza. Tal el caso del ilustre novelista Pérez Galdós. Hubo que aguardar hasta la obra de los discípulos de Max Weber, para que se valoraran debidamente las formas de legitimación personalista de la autoridad y, por ende, la llamada conducción carismática, tal cual la destacó en dos obras Francisco Javier Conde y luego Antonio de Luna. Nosotros mismos analizáramos (2) la jefatura del caudillo, desde antes de las «Siete Partidas», donde se definía ya por el rey Sabio, al Caudillo (del bajo latín *caput*, cabeza), como el que naturalmente manda a gente de guerra. Como cabeza de un cuerpo social. Este concepto va a llegar a Iberoamérica y en Argentina, la constitución de 1828 de la provincia de Santa Fe, se referirá a caudillos gobernadores. En las Partidas el caudillo es equiparado al propio rey, en públicos honores.

Entre ellos, Pérez Galdós

Sobre los caudillos de su raza histórica ha dicho Benito Pérez Galdós, el conocido escritor liberal: «Suele ser comparada la previsión de los grandes capitanes a la mirada del águila, que remontándose en pleno día, a inmensa altura, ve mil secretos escondidos a los vulgares ojos. La travesura (pues no es otra cosa que travesura) de los grandes guerrilleros puede compararse al vigilante acecho de los pájaros de la última escala carnívora, los cuales desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones,

(2) En *Sociología argentina e iberoamericana*. Ed. Macchi, 1967.

ruinas y bosques atisban la víctima descuidada y tranquila para caer sobre ella.

En las guerrillas no hay verdaderas batallas, es decir, no hay ese duelo previsto y deliberado entre ejércitos, que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se baten. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las dos partes ignore la proximidad de la otra. La primera calidad del guerrillero, aun antes que el valor, es la buena andadura, porque casi se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen, y el huir no es vergonzoso en ellos. La base de la estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como lluvia y se desparraman para escapar a la persecución; de modo que los esfuerzos del ejército que se propone exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno, sí, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso prestándose a sus maniobras.»

Quizá técnicamente perfecta la descripción del guerrillero según el novelista liberal, pero parece olvidar el párrafo citado, que sobre toda otra consideración, el guerrillero fue la encarnación del anhelo popular de soberanía española ante la invasión, cuando muchos militares de academia y doctores universitarios se unían y vencían al extranjero. Pero veamos...

Más adelante dice aún Galdós: «Figuraos que el suelo se arma para defenderse de la invasión, que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las grutas son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, ahogan, separan y destrozan. Esas montañas que se dejaron allá y ahora aparecen aquí, esos barrancos que multiplican sus vueltas, esas cimas inaccesibles que despiden balas, esos mil riachuelos, cuya orilla derecha se ha dominado y luego se tuerce presentando por la izquierda innumerable genté, esas alturas en cuyo costado se destrozó a los guerrilleros y que luego ofrecen otro costado donde los guerrilleros destrozan al ejército en marcha; eso y nada más que eso es la lucha de partidas; es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose. Tres tipos ofrece el caudillaje en España, que son: el guerrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos. El aspecto es el mismo: sólo el sentido moral les diferencia. Cualquiera de esos tipos puede ser uno de los otros dos sin que lo externo varíe, con tal que un grano de sentido moral (permítaseme la frase) caiga de más o de menos en la ampollita de la conciencia. Las partidas que fácilmente se forman en España, pueden ser el sumo bien o mal execrable. ¿Debemos celebrar esta especial aptitud de los españoles para consagrarse armados y oponer eficaz resistencia a los ejércitos regulares? ¿Los beneficios de un día son tales, que pueden hacernos olvidar las calamidades de otro día? Esto no lo diré yo, y menos en este trabajo donde me propongo enaltecer las hazañas de un guerrillero insigne que siempre se condujo movido por nobles impulsos y fue desinteresado, generoso, leal y no tuvo parentela moral con facciosos, ni matureros, ni rufianes,

aunque sin quererlo y con fin muy laudable, cual era el limpiar a España de franceses, enseñó a aquéllos el oficio.

Los españoles nacieron para descollar en varias y estimadísimas aptitudes, por lo cual tenemos tal número de santos, teólogos, poetas, políticos, pintores; pero con igual idoneidad sobresalen en los tres tipos que antes he indicado y que a los ojos de muchos parece que son uno mismo, según las lamentables semejanzas que nos ofrece la historia... Vino Napoleón y despertó todo el mundo. La frase castellana 'echarse a la calle' es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó a la calle, o al campo, su corazón guerrero latió con fuerza y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente; pero lo extraño es que Napoleón aburrido al fin, se marchó con las manos en la cabeza y los españoles, movidos de la pícaro afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas y todavía no han vuelto a casa. La Guerra de la Independencia fue la Gran Academia del desorden. Nadie le quite su gloria, no señor, es posible que sin los guerrilleros, la dinastía (3) se hubiera afianzado en España por lo menos hasta la Restauración. A ellos se debe la permanencia nacional, el respeto que todavía infunde a los extraños el hombre de España y esta seguridad vanagloriosa pero justa, que durante medio siglo hemos tenido de que nadie se atreverá a meterse con nosotros. Pero la Guerra de la Independencia, repito, fue la gran escuela del caudillaje porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte, para otros incomprendible, de improvisar ejércitos y dominar, por más o menos tiempo, una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre. ¿Pero a qué tanta sensiblería, señores? *Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional*. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma, son el espíritu, el genio, la historia de España, ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad dispuesta al pillaje.

Al mismo tiempo dieron en tierra con el poder de Napoleón y nos dejaron esa lepra de caudillaje que nos devora todavía. ¿Pero estáis definitivamente juzgados ya, oh, insignes salteadores de la guerra? ¿Se ha formado ya vuestra cuenta, oh, Empecinado, Polier, Durán, Amor, Mir, Francisquete, Merino, Tabuena, Chaleco, Chambergo, Longa, Palarea, Lacy, Rovira, Albuín, Clarós, Saornil, Sánchez, Villacampa, *Cuevillas*, Aróstegui, Manso, el Fraile, el Abuelo?» («Episodios Nacionales», «Juan Martín, el Empecinado», libro, y «Los cien mil hijos de San Luis»).

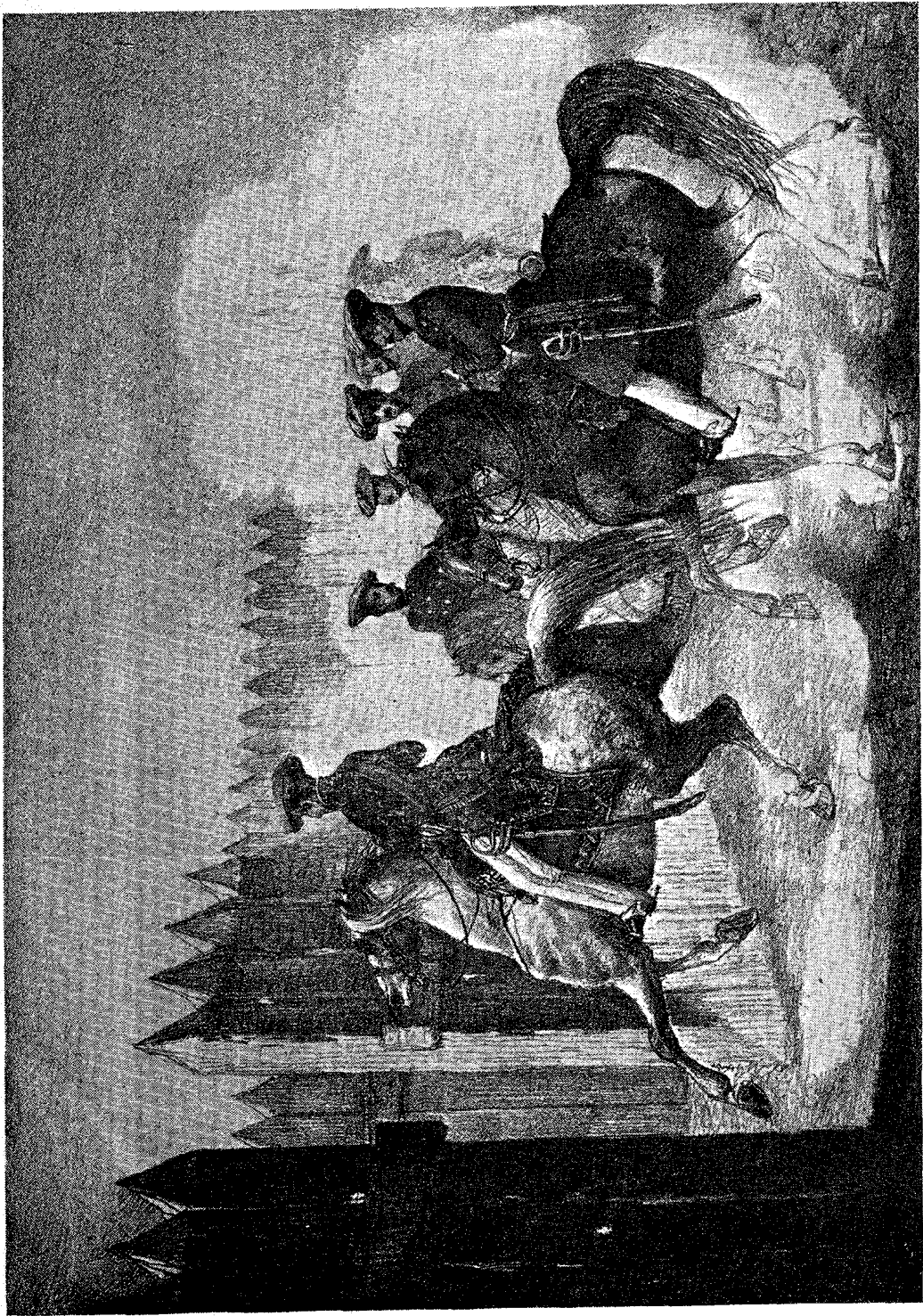
El brigadier general don Ignacio Alonso de Cuevillas y Zapatero

Con este caudillo cobra relieve la familia extendida en España y América, especialmente Argentina. En el siglo XVII el licenciado don Juan de Cuevillas, como familiar —canciller— del Colegio Mayor de la Santa Cruz,

(3) La que fundara José Bonaparte.



«Zumalacárregui y su Estado Mayor.» El traje que ordinariamente vestía este general consistía en boina y zamarra; debajo de ésta un chaleco abrochado, pantalón con trabilla y espuelas. El grande uniforme de teniente general con Gran Cruz de San Fernando y boina lo usaba en los días de gala. El Estado Mayor vestía levita azul a la inglesa y boina. (Del *Album de las Tropas Cantistas del Norte*.)



«Estado Mayor General Carlista.» Su jefe era el teniente general don Vicente González Moreno. A la muerte de Zumalacárregui, don Carlos tomó personalmente el mando del Ejército Vasco Navarro; creó el E. M. G. y nombró jefe de él al general Moreno. Uniforme: Levita a la inglesa; faja encarnada y amarilla, pantalón azul, boina azul con borla de oro. (Del *Album de las tropas Carlistas del Norte*.)

de Valladolid, contestó un juicio incoado por don Pedro de Ontiveros, cuyos actuarios se conservan en el archivo de la Universidad (4).

Probaron su hidalguía don Manuel y don José Alonso de Cuevillas, Cubillas o Cuvillas en el año 1750, siendo rey de España S. M. Fernando VI (5). La grafía del apellido varía y todo hace pensar que el Cuevillas fue cognomto o nombre de guerra que se acopló al primitivo apellido Alonso.

En el siglo xx, además del teniente general don Enrique Alonso Cuevillas y el destacado arqueólogo gallego, de Orense, don Florentino López Cuevillas, en la Argentina desarrollaron su actividad los médicos cirujanos don Arturo Cuevillas y Cebrián y su hijo don Arturo Rodolfo León Cuevillas, uno de los directores del Hospital de Clínicas, escuela de la Universidad de Buenos Aires, descendientes directos del oficial del Ejército español don Arturo de Cuevillas y Gorbea, muerto trágicamente en El Ferrol, en 1886. Este, hijo del coronel don Nicolás de Cuevillas y Gorbea, como sus antepasados, revistó en el ejército de Don Carlos, el Pretendiente.

Volviendo a nuestro biografiado, de quien se conserva una prolija hoja militar en el Archivo de Segovia, digamos que nació en Cervera del Río Alhama, entonces provincia de La Rioja, ahora partido judicial de la provincia de Logroño, al sudeste de la misma, cerca de los extremos orientales de Castilla la Vieja, el día 1 de febrero de 1764. La partida de bautismo de la parroquia de San Gil de Cervera dice que fue bautizado por el Pbro. don Joaquín Francisco Zapatero, que ejercía la curatela de esta iglesia. El bautizado era hijo de don Juan Angel Alonso y de doña María Angela Zapatero. Su abuelo paterno, don Francisco Alonso, natural de la Cueba, de Agreda, provincia de Soria, caserío de piedra al pie del Moricayo. De donde se originaría el cognomto, según opinión del clérigo carlista Dr. don Gregorio Fernández Latasa (6). Y de doña Manuela Mardurga de Alonso. Abuelos maternos, don Juan Zapatero y doña Josefa Navasques de Zapatero. Sus padrinos don Juan José Arnedo y doña Ana María Blas Gil.

Las constancias militares nos dicen que don Ignacio Alonso de Cuevillas fue de calidad noble y de salud robusta y que se alistó como dependiente montado, a la edad de veintisiete años, el 20 de abril de 1794, ascendiendo a teniente de caballería ocho años después.

En «la guerra contra Napoleón o de la Independencia contra Francia», «defendiendo el trono y el altar» como se lee en su hoja, combatió hasta con el grado de comandante de infantería y caballería, en las siguientes acciones: Arlabán, Balmaseda, Bilbao, Sorrosa, tres combates en Espinosa de los Monteros, Reynosa, Saldaña, Mansilla de las Mulas, habiendo hecho prisionera a toda la guarnición francesa en la batalla de Sahagún. Lucha en

(4) Año 1644, legajo de pleitos ejecutivos, núm. 11, citado también en *Catálogos de la Biblioteca Universitaria*, por Mariano Alcocer. Imp. Castellana, Valladolid, 1918.

(5) Archivo de al Real Chancillería de Valladolid, Salas de Hijosdalgo, expediente 1116-44. Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural.

(6) Archivo 12-III-1949.

Infiesto, Burón, Cerbera de Campoo, Aguilar de Campoo, donde desarmó la guarnición invasora; Santa Lucía, Camas, Obles, Lores, Herrera, Guardo, Reano, Villásante, Belilla, Santo Domingo de la Calzada, Sasamón, Haro, Estella, de Navarra, Armiñón, La Venta Nueva, Bozo, Lazmañes, Frías, Orduña, Santo Domingo, Soto de Cameros, Cerbera del Río Alhama, Bribiesca, Posa, Sedano, Ranedo, Cubo, La Venta Armentia, Lavastida, Bañares, Gallinezo y en Burgos.

La fama de los personajes históricos

En marzo de 1808, en el momento de producirse la invasión extranjera al mando del general Murat era, nuestro bravo riojano, cabo principal de caballería con destino en el Resguardo como empleado de rentas. «Ya familiarizado con los peligros», como reconocen diversos autores y ante la inoperancia de más idónea convocatoria, formó su guerrilla al servicio de la Patria, la que estaba compuesta, al principio, de 70 hombres. Entre sus positivas «hazañas» se cuenta la de haber dado muerte, personalmente, a un coronel francés, portador de un interesante pliego del que se apoderó; la victoria y toma de Haro (Logroño) y el triunfo sobre el general Avrie en Valsameda, partido judicial de Vizcaya, cerca de los confines de Santander y Burgos». La imprecisión de algunos historiadores con relación a este personaje es tal, que a veces lo confunden con su propio hijo, y otros consignan datos errados, como que nació en 1770, o adjudicándole destinos imposibles o atribuyéndole actividades francamente agraviantes. Para difundir la fama de personajes históricos, rescatar su honra o hacerle justicia a sus reales merecimientos ante las posteriores e inadvertidas generaciones, es menester contar con un grupo de interés o centro de precisión. Equipo de apoyo que puede ser un periódico, una institución, en definitiva, una organización perdurable que se encargue de la prédica o de la correcta información. Estos modestos y sacrificados patriotas, que fueron los caudillos populares, con nada cuentan, que no sea la propia y equitativa tarea del Ejército nacional, que hoy, por sobre banderías políticas pasadas, los propone a la consideración de la comunidad hispanoparlante. Por tanto, no contarán en su defensa con entidades oficiales liberales conservadoras, que siempre los consideraron sus despreciables adversarios. Ni en los hombres públicos y escritores e historiadores de izquierda, que seguirán esta vía de incomprensión y de calumnia, porque no olvidarán que la línea política y lema de estos caudillos fue: Dios, Patria y Rey. No importará que durante un siglo hayan sido los auténticos personeros de los verdaderos anhelos populares. El olvido o el mal recuerdo fue implacable, porque lo que cuenta realmente para la izquierda en el modelo ideológico de análisis, el proyecto de crítica y de historia les sirve en cuanto es útil al modelo.

El convulso reinado de Fernando VII tocó a su fin, precluye la Constitución de Cádiz, entrada de los cien mil hijos de San Luis, giros de orientación política en el soberano; testamento real. ¿Puede la princesa llegar a reina? He aquí la cuestión jurídico-política, el *casus*. Pero la lucha es otra.

Dos Españas. España habría sido inmensa: desde Filipinas y Macao, Orán e Ifni, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego e Islas Magallánicas, como se llamaban las Malvinas. Desde Holanda, el Franco Condado, Milán y las Dos Sicilias, «desde el mar de Luso a la Junquera» Federal, sí. Pero «hubo un altar, un cetro, una bandera». Ahora, Isabel II, pretende lo comprendido dentro de unas líneas de puntos limítrofes, en un extremo de una Europa que no la reconoce como su parte. Y aun, para colmo de nuestro drama, los peninsulares separados entre sí por la cabeza y el corazón.

Don Carlos María Isidro de Borbón convoca Navarra, La Rioja, Castilla la Vieja, las Vascongadas, el Maestrazgo responden: «juremos ante el signo/del lábaro guerrero, /morir por nuestro Fuero, /por Carlos y la Fe».

La hoja de servicios militares de don Ignacio A. Cuevillas registra las siguientes acciones en la guerra contra la Constitución, en defensa del Carlismo: el 26 de junio de 1822 en Birangos. Trece días después combate de Carrascal. Luego en Aguilar de Navarra (3 julio 1822), Villalba de Losa (8 de julio), Quericoces (16 de julio). El 8 de agosto de 1822 enfrenta al ejército provincial de Alava, entre Berberana y Osma, derrotando con 100 hombres a 600. El día 16, ordena el ataque de la guarnición de Venta del Moral, que es pasada a cuchillo. Nuevamente combate en Berberana el 18, en Puente de Campo el 25, en Canales de la Sierra (1 de septiembre), Dos Hermanos (18 de septiembre), Estella (9 de octubre), Nazar (22 de noviembre), estando en este combate a las órdenes del general Quesada. Vence en Reinosa (6 de diciembre del mismo 1822), en Matamorosa (8 de diciembre), en Villarcayo (22 de diciembre), en Santa Cruz de Campera (14 de enero de 1823) y nuevamente atacó al ejército liberal en el mismo paraje nueve días después. Le siguen Venta de Armentia (15 de enero), Peñacerrada (4 de marzo), Bercedo (13 de marzo), Villasanté (14 de marzo), Lanestosa (20 de marzo) y el mismo día Fornos. Luego fue destinado a operar en Extremadura con su brigada y a las órdenes del general en jefe don Vicente Quesada, actuando en otros varios encuentros.

El brigada comandante general de infantería y caballería don Ignacio Alonso de Cuevillas y Zapatero mandó división, ejerciendo los empleos de comandante de infantería y caballería desde el 23 de junio de 1808, de comandante general de la división de La Rioja a partir del 9 de febrero de 1822. Comandó la segunda brigada con el general Quesada desde el 20 de mayo de 1823 por un año y casi ocho meses. El 22 de enero de 1824 es, por casi siete años, designado juez de Contrabandos de Bilbao, hasta diciembre de 1830. Los reales despachos, de coronel, llevan antigüedad al 9 de agosto de 1824, y el de brigadier de infantería al 3 de febrero de 1825.

Mereció como condecoración la Cruz de la Fidelidad de primera clase y al ir finalizando su carrera, en diciembre de 1830, el gobierno legítimo estimó que «se halla exento de purificación». La hoja de don Ignacio A. de Cuevillas se cierra por don Enrique Hañez, caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y secretario por Su Majestad de la Capitanía General de Guipúzcoa. La certificación superior la homologó en Pamplona, el 25 de febrero de 1831, don Enrique Ibáñez, para que don Ignacio continuara desempeñándose como juez de Contrabandos, a sus sesenta y siete años de edad.

Juicios de historiadores

Sin embargo, sin consulta de documentación alguna, E. Rodríguez Solís, en su libro en dos tomos, *Los guerrilleros de 1808* (7), echará a correr la especie de que nuestro biografiado «había ejercido el contrabando» (8), lo que después repetiría la Enciclopedia Espasa-Calpe y como se leyó, el propio Pérez Galdós y Baroja.

Sin embargo, Rodríguez Solís incluye juicios que no nos resistimos a reproducir. «Don Ignacio Alonso Cuevillas figuró a la cabeza de los guerrilleros de La Rioja, mostrando desde el principio de la guerra las cualidades que distinguen a los hijos de esta provincia, la nobleza, el pundonor, la lealtad y el amor a la Patria.»

«Fue uno de los primeros que se alzaron en La Rioja con tanto valor como fortuna, atizando el fuego de la santa insurrección (contra el invasor francés), no sólo en su país, sino en las provincias limítrofes, que conocía perfectamente, excitando a todos, amigos y desconocidos, a que tomasen parte en la gloriosa empresa de salvar a España. De edad de cuarenta años en aquella época, de alta estatura, gentil presencia y gran disposición, Cuevillas, que tenía gran conocimiento del manejo de las armas, que sabía dirigir una partida y que conocía a palmos el terreno, lo mismo las carreteras reales que las sendas ocultas, al igual los vados públicos que los secretos, «el camino llamado de herradura que la vereda más olvidada, resultó un terrible enemigo para los franceses.»

Los guerrilleros de 1808

Por todo el término de Cervera del Río Alhama, así en los despoblados de Torrecilla, Santo Domingo, Pisalvos y Valdelavilla, como en las ventas del Baño y de Valverde, como en los montes del Peroso, Perota, San Garren, Pedroguera, Mediano, Costa Clara y Anruetas, como en los valles de Valverde, las Navas y Peñamarilla, como en las dehesas de Val-

(7) Colección Eugenio y Teresa B. de Fontaneda. Biblioteca del Castillo de Ampudia, Palencia.

(8) Tomo I, cuaderno 8, pág. 27.



Don IGNACIO CUEVILLAS
RIOJA

Don Ignacio Alonso Cuevillas, teniente general de las tropas carlistas, según dibujo de E. Rodríguez Solís en *Los Guerrilleros de 1808*. (Enciclopedia Democrática. Barcelona, 1895.)

verde y Mediano, Cuevillas realizó con la mayor fortuna empresas arriesgadísimas.

El 28 de julio de 1809 destrozó con su pequeña guerrilla, no lejos de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, un destacamento francés compuesto de 112 hombres; y a los pocos días, en la cercanías de Vitoria, mató por su mano a un coronel que iba con pliegos de José para Napoleón, tomándole los pliegos y haciendo prisionera toda la escolta.

El día 6 de agosto del mismo año realizó uno de esos hechos tan comunes en nuestros guerrilleros, y cuya ejecución parece increíble; tal fue la entrada en la ciudad de Logroño con su partida compuesta por entonces de 70 caballos.

Orgulloso de este triunfo, y contando con el apoyo de la guerrilla que comandaba fray Jacobo Alvarez, religioso que había sido en el real monasterio de Bernardos de Herrera, dispuso la toma de Haro.

Hállase edificada esta villa, una de las más importantes de la Rioja, en la margen derecha del Ebro, cerca de la desembocadura en el mismo de los ríos Tirón y Aguilera unidos, entre las alturas de Santa Lucía en la parte Este, y otra al Norte en la que se admira un antiguo castillo perteneciente a los condestables de Castilla. Eran notables en aquel tiempo el convento de San Agustín, la iglesia parroquial, llena de adornos de gran mérito y con una torre elevadísima, y las iglesias anejas de la Virgen de la Vega, extramuros, y la del hospital. Esta villa, que parece anterior al siglo X y que es origen del apellido Haro, de los señores de Vizcaya, fue siempre célebre por su pintoresca vega, fertilizada por las aguas de los tres citados ríos, por sus ricos viñedos, sus verdes praderas y hermosas huertas.

Al amanecer del día 8 de agosto, y cuando más descuidados se hallaban los imperiales, se presentaron las guerrillas de Cuevillas y el fraile, cerrando las diversas entradas de la villa y apostando centinelas en todas las bocacalles.

El jefe de las fuerzas napoleónicas reconcentró su gente en el convento de San Agustín, en el que se hizo fuerte.

Cuevillas le intimó la rendición, y como se negara mandó romper el fuego a sus guerrilleros desde las casas vecinas al convento.

El fuego duró bastantes horas, y la lucha permanecía indecisa, porque el comandante francés y sus soldados se portaban como valientes, cuando don Ignacio resolvió, para terminar el combate, prender fuego al edificio. Sólo entonces, sólo a la vista de las llamas que amenazaban consumirlo y abrasar a sus soldados, se entregó el comandante con los 43 hombres que le quedaban, siendo muy elogiada su conducta por los nuestros, que enemigos francos y leales reconocían el valor y el mérito donde quiera que lo hallaban.

En el mes de septiembre la guerrilla de Cuevillas, en unión de otras, mantuvieron la Rioja y provincias limítrofes en completa insurrección.

Don Ignacio atacó con su partida de 80 caballos a 100 franceses que había en Labastida, haciéndoles gran número de muertos y cogiendo a los pocos que quedaron; y en seguida sorprendió la guarnición de la importante villa de Laguardia arrojando de ella a los enemigos.

Entre otros servicios prestados por Cuevillas se contaron la prisión de algunos afrancesados, la reunión de los mozos alistados para el ejército, y otros varios, todos utilísimos a la justa causa que la nación defendía.

«Era la familia de Cuevillas una familia de valientes, y en la guerrilla del padre don Ignacio, no sólo peleaba su hijo, mozo de grandes alientos, sino también la esposa de éste, mujer de ánimo esforzado que amaba tanto a su marido como a la Patria, y que para defender a ésta y no separarse de aquél, vistió el traje de hombre, le acompañó en toda la guerra, y en la acción de Santo Domingo de la Calzada (28 de julio de 1809) quitó la vida a tres franceses por su propia mano.»



«Varios estudiantes y paisanos son apaleados por la facción de Cuevillas.» De *Panorama Español. Crónica Contemporánea*, por Martínez de la Rosa, pág. 237. (Cortesía de Eugenio y Teresa Fontaneda de su colección del castillo de Ampudia, Palencia.)

«Obligado por las necesidades de la guerra, Campillo, cuando la reconquista de Santander por los franceses, pasó a la Rioja, uniéndose a la guerrilla que mandaba don Ignacio Alonso Cuevillas.

A las órdenes de este jefe se distinguió Campillo en el ataque de Santo Domingo de la Calzada (28 de julio de 1809), matando con su espada diez franceses a la puerta del cuartel, por cuyo notable hecho fue ascendido a sargento, y agraciado con un escudo de mérito.

El día 8 de agosto concurrió con fray Jacobo Alvarez y Cuevillas a la entrada de los nuestros en la ciudad de Haró y a la rendición de los imperialés que se habían hecho fuertes en el convento de San Agustín, perdiendo en este combate su caballo.

En Logroño el día 7 de septiembre perdió también el nuevo caballo que montaba, por haberse arrojado intrépidamente sobre el enemigo delante de la guerrilla y haber cargado sobre él todos los imperiales, por cuyos relevantes méritos le fue torgado el empleo de sargento primero (11 de septiembre).

El 6 de octubre, en la acción de Puente la Reina perdió su caballo, pero en cambio, cogió el 14 de noviembre el del general francés que mandaba en Tudela de Navarra.

A consecuencia de todos estos actos que ponían de manifiesto las raras cualidades y el grande valor del joven montañés, Campillo fue nombrado oficial el día 14 de octubre de 1809 en justo premio a sus méritos y servicios.»

Otros historiadores, como Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo (9) agregan: «Se distinguió en la Guerra de la Independencia y por disposición del rey Fernando VII adoptó como apellido el nombre Cuevillas que le daban sus voluntarios. Después de la campaña de 1821-23, considerado siempre como sospechoso carlista, fue confinado a Zaragoza y, habiéndose unido a los carlistas, sirvió en el ejército las armas de Carlos V, hasta el Convenio de Vergara, al que se adhirió.»

El mariscal de campo

Dos hijos caudillos militares tuvo don Ignacio. Uno, el general don Hilario Alonso de Cuevillas y Remón, luego convenido en Vergara, y el mariscal de campo y general de división don Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón, nacido también en Cervera del Río Alhama, Logroño de la Rioja, el 16 de octubre de 1785 (15 dice la hoja de servicios en Segovia), a las seis y media de la mañana.

Fue este último bautizado en la parroquia matriz de San Gil por el presbítero doctor don Joseph Pedro Moreno, siendo su madre legítima doña Cathalina Remón de Alonso de Cuevillas. Sus abuelos paternos don Juan Angel Alonso y doña María Angela Zapatero de Alonso, y sus abuelos maternos don Javier Remón y doña Cathalina Ximénez de Remón, todos de Cervera del Río Alhama, excepto el abuelo paterno que lo es de la Cueva, aldea de la villa de Agreda. El padrino fue el propio abuelo materno y doña Theresa Remón. En el mismo libro parroquial de bautismo figura el nacimiento de otro hermano, don Joseph Alonso, que naciera el 26 de noviembre de 1787, que, indudablemente también era hermano de don Hilario.

Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón vio la luz cuando su padre contaba apenas veintiún años e ingresó legalmente a la carrera, como militar profesional, en marzo de 1799, a los catorce años, siendo dependiente escopetero. Ascendió a teniente en 1802, y en abril de 1808, cuando la fran-

(9) En *Historia del tradicionalismo español*. Sevilla, Ediciones Trajano, 2 tomos.

cesada, es ya comandante de infantería y caballería, desempeñándose durante toda la Guerra de la Independencia. Las Civiles lo sorprenden en el grado de coronel; al que accede en diciembre de 1822. Luego general y mariscal de campo (en octubre de 1833), retirándose en agosto de 1839 por invalidez ya para el servicio activo.

La división donde actuó durante la guerra contra Napoleón fue la de La Rioja, desde el 1 de abril hasta el 8 de junio de 1819. Fue coronel del regimiento de infantería de Amalia y teniente del rey en la plaza de Zaragoza hasta fines de 1832. Como general de división operó en Castilla, actuando también como ayudante de campo del infante don Sebastián y miembro de la Junta Consultiva de Guerra hasta el 30 de agosto de 1839. Todavía se desempeñó, en activo, ocho años y medio como mariscal de campo. Actuó en las siguientes acciones de guerra y campañas en la Independencia: Azlabán, Buggedo, Salinillas y Balmaseda (desde el 18 de junio de 1808); Bilbao, Zornoza, Aya, Espinosa de los Monteros, Reinosa, Saldaña, Mansilla de las Mulas, donde fue hecho prisionero, fugándose a los tres días de manos de los franceses (1809). Luchó también en Sahagún, donde hizo prisionera a toda la guarnición, en Reinosa, Santander, Infiesto, Burón, Santa Lucía, Camasobres, Lores, Herrera, Guardo, eaño, Villasante, Velilla, acompañando a su padre (en 1810). Santo Domingo de la Calzada, Sasamón, Haro, Estella de los Navarros, Armiñón, Frías, Orduña, La Puebla, Santo Domingo de la Calzada, Soto de Cameros, Cervera del Río Alhama, Briviesca, en Poza, Sedano, Artanedo, Cubo, Pancorbo, en la Venta de Armentia, la Bastida (1811). En 1812 combatió en Bañares, Gallinero y Burgos. En 1813 en la batalla de Vitoria, Irún, sitio de Pamplona donde degolló a la guarnición. En 1814 porque se amalgamó la caballería de su mando a la del conde de Villena, Su Majestad Fernando VII le concedió, como premio, mil reales.

Al mando de la caballería lo vemos reaparecer en la guerra civil, en 1828. Cuatro años después fue confinado a Sevilla por carlista y pide el retiro, que se le concedió en 1833. El 3 de agosto se fue a Palencia, y dos meses después se presentó en Burgos a la Junta Carlista de Castilla. Reunió, entonces, varios batallones realistas y de caballería, situándose en Briviesca, se puso a órdenes del Cura Merino y al disolverse las tropas por entrada del general Sarfield en Vitoria, determinó pasar a Portugal con 400 jinetes. El 3 de diciembre de 1833 fue atacado en Puente Gonzalo, donde cayó muerto el jefe que mandaba su caballería y quedóse sólo con 14 caballos, con los que pasó a Portugal. El fue a presentarse a don Carlos en Villarreal de Alava. El 1 de abril de 1834 volvía a entrar en España con su escuadrón, unido a Merino. En mayo marchó a las provincias Vascongadas con pliegos para el general Zumalacárregui, permaneciendo en ellas hasta el 16 de junio, cuando salió con don Basilio Antonio García para Aragón, habiendo sido atacados, el mismo día en San Millán de la Coqueta y el 9 de julio en Huelga de Aragón, y no pudiendo mantenerse, por la activa persecución que sufrían, regresaron a las provincias Vascongadas, hallándose el 12 de abril en el combate de Risco, luego en Artaza (agosto), en Lecaroz (18 de septiembre), Bertis y en el de los llanos de

los ordenes, el Capitan General D.^o Baldomero Espartero les facilitará las cuantias pagadas en virtud de las facultades que le están conferidas del incluyendo en un este artículo todas las clases de la General Armería, sub-
tuncula trichina.

Artículo 6.^o Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados del Armero haciendo necesario á los empleados civiles que se prometen a los doce dias de ratificado este convenio.

Artículo 7.^{mo} Si las Divisiones Navarra y Alava se presencian en la misma forma que las Divisiones Castellana, Vizcaya y Guipuzcoa una de las facultades de las concesiones que se expresan en los artículos precedentes.

Artículo 8.^o Se pondrá á disposicion del Capitan General D.^o Baldomero Espartero los parques de armería, de accesorios, depositos de armas, de vituallas y de víveres que están bajo la dominacion y administración del Comandante General D. Rafael Maroto.

Artículo 9.^o Los prisioneros pertenecientes á los Cuorpos de las Provincias de Vizcaya y Guipuzcoa, y los de los Cuorpos de la Division Castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio quedará en libertad disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan p.^o los demas. Los que no se encuentran sujetos á la suerte de prisioneros.

Artículo 10. El Capitan General D. Baldomero Espartero hará presente al Gobierno para que este lo haga á las Cortes la condonacion que se suoceden las visiones y sucesos de los que han ocurrido en la presente guerra correspondientes á los Cuorpos á quienes como preside este convenio.

Baldomero Espartero

Comandante en Jefe de la 1.^a Brigada

de la Division

Hilario Alonso

Fragmento del convenio de Vergara, en el que firma en tercer lugar don Hilario Alonso de Cuevillas, diciendo: «Convengo en nombre de la primera Brigada Castellana de mi mando.»

Comengo en nombre de la 1.^a Brigada Castellana de m.^o m.^o

Don Alonso Cuartero

Comengo en nombre de la 2.^a Brigada de m.^o m.^o

Juan Lopez

Comengo en nombre del Batallon de m.^o m.^o

4.^o de Castilla Juan Cavanero

Comengo en nombre del 3.^{er} Batallon de Castilla

Don Diego Diego

Comengo en nombre del 4.^{er} B.^o de Castilla

Joaquin Lopez

Comengo en nombre del 5.^o

Don Juan de Castilla

Comengo en nombre de las Com.^o de

Alfonso Lopez
Academe de Espana

Comengo en nombre de la fuerza de m.^o m.^o

Comengo en nombre de la fuerza de m.^o m.^o

Juan Lopez

Comengo en nombre de la fuerza de m.^o m.^o

Vitoria (27 y 28 de octubre). Luego fue destinado a la plana mayor del ejército.

El año 1835 fue pródigo en acciones de guerra, con comando de don Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón. Se suceden: Ibárrégui (11 de marzo), Donamaría (12 de marzo), la toma de Echevarriayanez (20 de marzo) y de Olat (21 de abril), Artaza (22 de abril), la de Villafranca de Navarra, en Castrojana (junio), Zalia (18 de septiembre), Salinas de Rocío (19 de septiembre), Alava y Guevara (28 de octubre), Estella (11 de noviembre), Arcos (13 de noviembre) y Arronis (14 de noviembre). En 1836 participó en el sitio de Bilbao. Luego fue como ayudante de campo del infante don Sebastián, que estuvo en la batalla de Oriamendi (16 de marzo), en la de Zornoza (21 de marzo), Aguirre (19 de mayo) y el 24 en la acción de Huesca al mando de la tercera división, a órdenes directas de don Carlos. Lucha en Barbastro (2 de junio), en Suisóna (12 de junio), sosteniendo toda la retirada del ejército; en Chiva (19 de julio), Villar de los Navarros (14 de agosto), donde por el esforzado mérito que contrajo en el campo del Lómar, se le concedió la gran Cruz de Isabel la Católica. Contó en la retirada de Alcalá (18 de septiembre), en Retuerta (9 de octubre) y aquí, a su regreso a las provincias Vascongadas, como dicen siempre las hojas del siglo pasado, fue cuando integró la Junta Consultativa de Guerra, como vocal. El 4 de septiembre de 1839 se presentó ante el duque de la Victoria, teniente general Espartero, jefe de los Ayacuchos, quien le destinó, después del Convenio de Vergara suscripto el 31 de agosto al cuartel de Vitoria. Se cierran sus servicios el 31 de diciembre de 1847, habiendo merecido, además de la condecoración de Isabel la Católica, la de la Fidelidad Militar, en Cruz de primera clase (26 de abril de 1825), la de San Fernando de segunda clase (21 de octubre de 1826), revalidación de la de San Fernando en grado de Gran Cruz Laureada (17 de febrero de 1843). No paran allí los honores concedidos a don Ignacio, puesto que en Madrid, con fecha 7 de junio de 1848, el ministro del Supremo Tribunal Militar, don Francisco de Arteaga y Palafox, propone y el Secretario de Guerra brigadier don Antonio Cabaleiro resuelve y lo condecora como caballero de las reales y militares órdenes de San Fernando y San Hermenegildo, ésta de plata; declarándolo dos veces Benemérito de la Patria, del Consejo de Su Majestad Católica, su secretario con ejercicio de decretos, ministro honorario y secretario del Tribunal Supremo de Guerra y Marina (la hoja quedó homologada a 30 de junio de 1849).

Opinión de los historiadores

Llegó el momento de oír a quienes narran y enjuician a los personajes del pasado. Al referirse a Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón, presentando su conducta política después de la derogación de la Ley Sálica y cuando ya, aún en vida de Fernando VII, España estaba dividida en dos bandos por la clara definición en defensa de sus derechos por el Pretendiente don Carlos María Isidro de Borbón, se dice que este príncipe era

«de una moralidad profunda, ejemplar; una justificación sublime, religiosa; caridad evangélica y rectitud cristiana», como asevera el liberal Pirala.

Ya en 1823 don Antonio Marañón (el Trapense), el Cura Merino, Cuevillas, Capapé Zaldívar, tenían minado el poder constitucional, dice el mismo historiador.

Desde 1833 comienzan los alzamientos contra la reina y los pronunciamientos a favor de don Carlos. En Burgos se constituye la Junta Realista Carlista que designa jefe militar a don Ignacio Cuevillas y Remón, de notable prestigio en la región «exento de ambición personal, tuvo el noble desinterés de proponer en su propio lugar y resignar su cargo» (Pirella) en la Cura de Villoviado, canónigo de Valencia y héroe de la Independencia, don Jerónimo Merino. Cuevillas, extendiendo sus tropas hasta Santa María del Cubo, en una extensión de tres cuartos de legua, el 16 de octubre, proclamó ante el ejército a don Jerónimo Merino capitán general de Castilla la Vieja en nombre de don Carlos V, que se hallaba exilado en Portugal.

Iniciadas las operaciones militares, Cuevillas, comandante general de la Rioja, le intimó obediencia Armildez de Sepúlveda en una comunicación que le dirigió desde Belvado, y el jefe isabelino se niega a ello lamentándose al gobierno liberal de que no pudiera castigar debidamente la sublevación.

Desde el cuartel general de Briviesca, el 1 de noviembre de 1833, el general Alonso de Cuevillas escribió a don Pedro Sarsfield, jefe general de los liberales seguidamente, con el fin de ganarlo para la causa de don Carlos, pero dicha carta no fue contestada, no obstante, que el general Sarsfield recibió otra misiva del obispo de León en el mismo sentido que la de Cuevillas. Dicha carta dijo textualmente: «Cuartel General de Briviesca, 1.º de noviembre de 1833. Excmo. señor don Pedro Sarsfield. Excelentísimo señor: la muerte de nuestro amado soberano Señor don Fernando VII (que su gloria haya) ha sido el estruendo del cañón que se ha dejado oír por toda la Península; a su eco todos los buenos españoles, aquellos que en ambas épocas empuñaron las armas en unión de V. E. para defender la soberanía de sus reyes, vuelan hoy a satisfacer su fidelidad al legítimo sucesor al trono de San Fernando, el Señor don Carlos V, jurando morir antes que sucumbir al gobierno tiránico y caprichoso de una reina inesperta, entregada a seguir los consejos de hombres malvados, llenos de crímenes y delitos. V. E. conoce también como yo la justicia que asiste a nuestro rey legítimo y que sus derechos a la corona están asegurados por las leyes y por el voto general de los pueblos. Un millón de combatientes están en campaña, decididos a defender la legitimidad de los derechos del más virtuoso de todos los reyes.

El ejército es el primero que lo ama y si no se ha declarado esté seguro V. E. que es por falta de ocasión. En Aragón algunos cuerpos lo han verificado como constará a V. E. Las miras del gobierno usurpador tienden a entronizar la guerra civil, comprometer, como en la época constitucional, el honor de la Milicia y las glorias de sus dignos jefes. Creo sería injuriar a V. E. si tratase de extender mi pluma a nuevas reflexiones, ma-



El teniente general carlista don Ignacio Alonso Cuevillas en una interpretación de Carlos Bartual para este artículo.

yormente cuando sus conocimientos poco comunes son bien conocidos; así, me limito a ofrecerle mi amistad y en nombre del rey nuestro señor (Q.D.G.) a manifestarle la necesidad de que jure V. E. sus banderas bien seguro de que si su resolución es favorable, le granjeará la más alta estimación del soberano y la gratitud eterna de la nación. En V. E. consiste evitar que la sangre española se derrame de nuevo, y si, como no lo dudo, se decide por la justicia, la empresa es concluida porque puesto V. E. al frente de los valientes realistas y tropas del ejército, conducirá a la capital sus armas triunfadoras con el orgullo que le es propio a un general acreditado, que jamás dejó que desear en el cumplimiento de su deber. Si V. E. da la acogida que deseo a este escrito, puede contestarme para ponerse de acuerdo con la Excelentísima Real Junta Superior Gubernativa de esta provincia y tratar lo que V. E. tenga por conveniente; bien seguro que si se resuelve a tomar partido por la causa de nuestro rey, será el día de mayor satisfacción que tendrá su S.S. Q.S.M.S. Ignacio Alonso Cuevillas.»

El Cura Merino formó en Castilla un ejército de tres brigadas, cuatro escuadrones y dos compañías de artillería y, no obstante, no haber recibido los caudales que iba a conseguir el general Cuevillas, reunió sus tropas a las de éste en Miranda y las de Verástegui, sitiando en Haro al general Sarsfield, jefe ya del ejército liberal. Crueldad inaudita y «acto indigno de la época y del poder constituido (aunque aún lo usa Inglaterra) y que sólo produjo una mayor excitación contra la causa de doña Isabel» según afirma Pirala, fue el poner, el gobierno liberal, precio a las cabezas de Merino, Alonso de Cuevillas, Abandi, Balmaseda y Villalobos, ofreciendo diez mil reales por la del primero y cinco mil por cada uno de los restantes.

Sin fondos para pagar a sus tropas y sin pertrechos, debieron licenciar a los casados, habiéndose marchado los soldados solteros, quedando con un ejército de 200 hombres, siendo batidos por una columna de Sarsfield que estaba en Castilla la Vieja, mientras el general iba a las Vascongadas. Con lo que el jefe liberal tomaba desquite de la anterior derrota que había sufrido en Las Conchas, merced a las tropas de Cuevillas y Merino.

Entrambos se dirigieron entonces a Portugal para entrevistarse con don Carlos, quien los recibió en Colina, a donde llegaron los dos jefes tradicionalistas acompañados de 14 hombres.

A la vuelta, actúan en Castilla la Vieja, habiendo sido designado Merino comandante general de la región y acompañados de 80 lanceros y otros jefes presentan combate en Lerma, y aumentado el ejército llegan a Salas de los Infantes. Don Ignacio Alonso de Cuevillas se dirigió a operar en Navarra, mientras Merino se quedaba en la sierra de Burgos combatiendo con las de don Basilio García, jefe de la Rioja, entraron a Aragón, para luego volver sobre Castilla.

En Elizondo, don Carlos hizo su presentación formal ante el ejército y el pueblo, entrando en Vergara, luego de su ocupación militar, el 10 de junio de 1835.

Continuaron las acciones militares de guerrillas hasta que en el primer semestre de 1838 se resolvió efectuar una expedición de vasta enverga-

dura en Castilla la Vieja, tanto para arraigar la guerra en esta región cuanto para distraer las fuerzas liberales que operaban en el Norte. Púsose ésta al mando del conde de Negri, quien llevaba como segundo al mariscal Fernando Zabala. Aunque el ejército expedicionario, compuesto de nueve batallones castellanos, no tenía más que 3.000 hombres (con dos piezas de montaña casi inútiles) se formaron dos divisiones al mando de Hidalgo y de Gabriel Lacy y cuatro brigadas, a las órdenes de Cuevillas (10), José Durán, Joaquín Sacanell y Juan Manuel Salmaseda. Con la expedición salieron unos 200 de a caballo que, al mando de Jerónimo Merino, iban a operar en la sierra y pinares de Sorja. No iban los expedicionarios provistos de calzado y municiones que, como siempre, esperaban tomar a sus enemigos, pero sí llevaban consigo gran número de oficiales para formar nuevas unidades.

La expedición salió de Orduña el 14 de marzo, dirigiéndose a la Peña Vieja, y por Santa Gadea marchó a pasar el Ebro por el puente de Aldea, perseguida por Espartero, que rápidamente fue por Palencia a León para cubrir Asturias y Galicia. Separado Merino de la columna, ésta entró en la Liébana y en Berdejo, después de un combate de ocho horas, los carlistas vencieron a los liberales capitaneados por Latre, que resultó herido en un brazo. Ocuparon los tradicionalistas Lamedo, Cillamayor (donde dejaron los heridos), Belorado y Ezcaray, con el objeto de obtener aquí paño atacando el fuerte, cosa que no pudo hacerse por estar bien defendido. No hubo otra salida para salvarse que pasar por el terrible puerto de la Demanda, cubierto de nieve y lleno de precipicios, intransitable en aquella época del año, llegando a Quintanar de la Sierra el día 30. Entraron en Segovia, refugiándose los liberales en el Alcázar y Negri mandó hacer boinas, capotes y zapatos, así como enganchar a los últimos quintos, recibiendo toda clase de atenciones del Cabildo municipal y del eclesiástico, realizando una solemne función religiosa en acción de gracias hacia la Generala. Al acercarse el grueso de las fuerzas liberales de Castilla, los carlistas iniciaron su retiro, comenzando su desgracia. Llegaron el 12 a Valladolid, luego a Dueñas, Palencia, Sahagún (donde rindieron la guarnición) y Mayorga, pero cercados por el ejército liberal de Iriarte se refugiaron los carlistas en la Liébana, estableciendo su cuartel general en Potes, teniendo cortado el camino de las Vascongadas y estando las fuerzas sin municiones, hambrientas, descalzas y sin recursos de ninguna especie, debiendo pasar los horribles puertos de montaña de Arcidón, Collados de Jozalba y Carmona, en medio de un temporal de viento y nieve, llegando a Bárcena la Mayor tras increíbles penalidades.

Al pasar el puerto de la Palomera, gran parte de los heroicos expedicionarios quedaron sepultados en la nieve y al entrar en Soto la vanguardia carlista, dicen todos los historiadores sin distinción de orientación, que parecían más cadáveres que hombres. En definitiva, cargados por la caballería liberal, del ejército del general en jefe isabelino don Baldomero Es-

(10) Don Hilario, hermano del mariscal don Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón

partero, fue deshecha y dispersa la expedición tradicionalista. Así terminó esta campaña organizada, como vimos, por el conde de Negri, sucesor en el mando general del inmortal Zumalacárregui. Y la primera gran expedición en la que intervino el hermano del mariscal de campo de don Carlos, general don Ignacio Alonso de Cuevillas.

Otra campaña se había realizado el año anterior. En efecto, el 15 de mayo de 1837.—según relata Pirala—, día del cumpleaños de don Juan, tuvo don Carlos besamanos y recepción, y estando en esto, se dio la orden de marcha, que fue juzgada como repentina, y se realizó por la tarde a Salinas de Oro, donde pernoctaron, y el 16 en Echaurri, entraron en Navarra. Los ingenieros habían construido con toneles y ensamblajes un magnífico puente flotante que, corto para el Ebro, lo echaron sobre el Arga y pasaron el 17 los expedicionarios. Los soldados estuvieron dos días sin ración; apenas había 2.000 reales en caja y escaseaban las municiones y el calzado. Los jefes del ejército fueron los siguientes: Primera división: mariscal de campo, don Pablo Sanz, al frente de los batallones de guías de Navarra. Segunda división: mariscal de campo Prudencio Sópelana, al frente de los batallones de granaderos de Alava. Tercera división, a cargo del mariscal de campo don Ignacio Alonso de Cuevillas al mando de batallones: granaderos de Castilla (jefe: don Pedro Solana), rey 1.º de Castilla (don Pedro Neguerela), reina 2.º de Castilla (don José Linares), infante 3.º de Castilla (don José Caño), princesa 4.º de Castilla (don Juan Pujol), batallón de argelinos (don Alejo Sabatier). La caballería tenía como jefe al mariscal de campo, conde de Prado. La artillería la dirigía el coronel don José Gil de la Torre. El general encargado de palacio del rey Carlos V, era el mariscal de campo don Simón de la Torre. Gobernador del cuartel real era el brigadier marqués de Santo Alalla, y el gobernador del cuartel general coronel don José Castelar.

Esta expedición, mandada nominalmente por don Carlos, fue la más importante de cuantas se realizaron por haber llegado a las puertas de Madrid. Duró ciento sesenta días, en plan de guerra, manteniendo numerosísimos combates e invadiendo sucesivamente Aragón, Cataluña, Valencia, las dos Castillas, la Mancha, la Alcarria, Alava y Segovia, andándo 538 leguas, pasando 353 poblaciones y, entre ellas, cuatro ciudades, 152 villas y 197 lugares. Colaboraron asimismo en la campaña, el famoso general Cabrera y Zaratiegui, siendo este último quien evitó que don Carlos cayese en poder del general Espartero. Los carlistas obtuvieron sus victorias más sonadas en Huesca, Barbastro y Grá. En Chiva fueron derrotados por los liberales. Entraron los carlistas victoriosos en Segovia y el Alcázar se les rindió. El 12 de septiembre de 1837 don Carlos estableció su cuartel general en Carabanchel de Arriba, cerca de Madrid. Pero la presencia precipitada del general Baldomero Espartero en la villa y corte provocó el desbande del ejército carlista, que se retiró estratégicamente hacia la sierra de Burgos. La guerra civil no terminó con esto, ni mucho menos, pero ésta fue la última oportunidad de triunfo militar del tradicionalismo en el siglo pasado y la postrera campaña militar donde aparece nuestro biografiado.

Su hermano, el coronel don Hilario Alonso de Cuevillas y Remón, ya citado en esta biografía, tuvo aún destacada actuación bajo las órdenes del general Maroto. Desgraciadamente este militar carlista se contó entre los llamados «ayacuchos», que habían actuado en América, y allí había conocido a Espartero, entrando ambos a integrar una logia masónica. De allí que cansados de ver desangrarse a España, o al menos con ese pretexto, urdieron ambos generales el Tratado de Vergara que se firmó el 31 de agosto de 1839, en traición a la persona de don Carlos V. Don Hilario Alonso de Cuevillas suscribió el Convenio de Vergara en nombre de la primera brigada castellana a su mando.

Bibliografía

De la vida de don Ignacio Alonso de Cuevillas y Remón y sus hechos militares, tratan diversos autores y muchas obras. Las principales, por su difusión, son: *Historia de la guerra y de los partidos liberal y carlista, refundida y aumentada con la historia de la regencia de Espartero* (1868), de Pirala; «Tradicionalismo», artículo en la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, etcétera..., e *Historia general de España-Edad Moderna*, de Lafuente (en la que se glosa fotografía de la firma de don Hilario, firmante en Vergara).

Para finalizar esta narración de época no nos extenderemos sobre los Cuevillas de fines de siglo y comienzos de éste, el coronel don Nicolás de Cuevillas y Gorbea, el teniente don Arturo de Cuevillas y Gorbea, ambos de militancia activa en el tradicionalismo, y el hijo de éste, doctor don Arturo Cuevillas y Cebrián, que fuera médico cirujano, desgajado del suelo originario. La coyuntura histórica en que les tocó actuar coincide en todo con los estertores del Antiguo Régimen y las convulsiones del mundo contemporáneo. Hoy rescatamos, de ambos bandos ideológicos y políticos en pugna, los valores morales y religiosos del tradicionalismo y el sentido de un progresivo bienestar dinámico del liberalismo. La temática llega hasta nuestros días y nos compromete a nosotros mismos. Pero si es posible, desapasionadamente, reconoceremos que ambos tuvieron su fecunda dosis de verdad.

Y en honor a ésta, cábenos reconocer al par de la magnanimidad del ejército liberal vencedor, por sobre la crueldad de la lucha fratricida, la autenticidad del amor a la Patria de estos jefes militares tradicionalistas y populares, que ni aún en el fragor de las pasiones hubo un alegato de pretendidas autonomías que pusieran en riesgo la unidad de España.